

LAS RAÍCES

COMEDIA DRAMÁTICA

EN TRES ACTOS, EN PROSA

PERSONAJES

SUSANA, esposa de Aurelio Alarcón; unos cuarenta años, hermosa aún, elegante.

GRACIA, su hija mayor; diecisiete años.

FIFI (JOSEFINA), su hija menor; doce años; enfermiza, casi impedida.

SOFÍA DÁVILA; treinta y siete años.

DOROTEA, doncella antigua de la casa; sesenta años; muy decorosa y fina de aspecto; pelo gris, traje negro, cuello blanco.

CARLOTA ARMERO.

LOLA MARIALVA.

MADemoisELLE.

AURELIO ALARCÓN; treinta y ocho años.

DON VICENTE ALARCÓN; cincuenta.

JOSÉ ALARCÓN, hijo de don Vicente; veinticinco.

ANDRÉS ARMERO. (No habla.)

DON GENARO MARIALVA.

UN CRIADO.

UN MÉDICO. (No habla.)

NIÑAS, amigas de Fifi.



ACTO PRIMERO

La escena representa una sala elegantemente amueblada, con piano; por la izquierda termina en una galería chica, llena de cuadros, lozas y plantas. Puerta al fondo; dos laterales á la derecha. A la izquierda, y hábilmente colocada, de modo que sin dejar de verse no estorbe demasiado, una mesa bastante grande, sobre la cual aparece un árbol de Navidad, salpicado de juguetes y lo mejor adornado posible. Es de noche y el salón está iluminado como para una fiesta.

ESCENA PRIMERA

SOFIA, GRACIA, FIFI, DOROTEA y MADEMOISELLE, acabando de adornar el árbol.

- SOF. Faltan estrellitas. Es preciso colocar más de e-as de talco entre las ramas.
- GRA. Y esta parte está muy sosa; como que solo tiene cinco candelas y dos muñecos recién nacidos, en la cuna.
- FIFI Pues á mí me gusta mucho; se acabó; dejarlo como está.
- SOF. ¿Que entiendes tú? Queda soso.
- FIFI ¿No es para divertirine á mí para lo que armáis el arbol? ¿No es por mí la fiesta? ¿Sí, ó no?
- GRA. Sí, sí, por tí, rica, por tí, monina adorada. (La acaricia.)
- FIFI Pues entonces, dadme gusto... No colgarle

ya más cosas, ¡ea! Estoy cansada (Al oído de Gracia.) y no quisiera ponerme muy malita hoy... No quiero que no estando yo presente hagan nada en el árbol... Y todavía tengo que vestirme... ¿Verdad, Mademoiselle; verdad, Teodorucha? Tardamos los infinitos siempre en el rizado del pelo... Y son ya las nueve y media dadas, y á las diez y media se llena esto de gente...

SOF. ¿Y quieres que la gente vea el árbol desguarnecido y feo? Nosotras seguiremos adornándolo.

MAD. (Al oído de Sofia.) ¡Oh! no la contrariar... Es más sabio de no la contrariar.

FIFI Así ha de quedar el árbol. ¡No le toquéis; he de encontrarlo como lo dejel (A Sofia.) ¿Quién te mete á tí, Sofia?... Tú no eres de casa.

SOF. (A parte.) Si soltase la lengua, contestaría disparates... (Alto á Gracia.) Con el mismo que dáis á esta chiquilla, la estáis preparando un bonito porvenir... No habrá nadie que la soporte.

GRA. Nosotros le haremos siempre la vida dulce.. Nosotros bastamos para su felicidad... ¿Querías que la maltratásemos, cuando Dios ha dispuesto que tenga el ángel mío tan mala salud? Padecer y padecer, á la edad en que otras corren y rien... Y no es culpa suya... Ya sabes lo nerviosa y lo desazonada que estaba mamá cuando la tuvo; y según el médico, eso influyó...

SOF. Sí, sí, recuerdo perfectamente...

FIFI ¿Qué habláis en secreto? Lo quiero saber...

MAD. ¡Oh! la señora será más sabia de no preguntar.. Cada uno puede tener algo reservado que decir á cada uno.

FIFI Es que hablaban de mí... ¿entiende usted, Mademoiselle? Y no me da la gana de que murmuren de mí, en mi presencia... No, Gracia, no va contigo.. Es esa chismosa, esa vieja..

- TEOD. Fifi, no digas disparates... Que te van á reñir y con razón.
- MAD. ¡Oh! Es de muy mal gusto... No es sabio...
- SOF. ¿Vieja yo? voy camino de serlo; pero más valdría ser vieja, que ser un escuerzo encanijado... (Como hablando consigo misma.)
- FIFI ¿Ves, Gracia? ¿Ves? Me insulta... ¡Aráñala!
- GRA. Vamos, Fifi... Vamos, Sofia... Me dáis un disgusto...

ESCENA II

DICHAS. AURELIO ALARCÓN por la puerta del fondo. Viste de etiqueta.

- AUR. ¿Qué es esto, qué sucede? ¿Reñís?
- FIFI (Rechándose al cuello.) ¡apaño! Es Sofia, que es mala, que me hace llorar.
- AUR. No quiero saber nada... Sofia es buena... Tontearías, caprichitos de mi tirana; acaso vivezas de nuestra amiga... No diga usted palabra, Sofia; si lo que va usted á sermonear lo sé de corrido: que la tenemos mimadísima... Así es, y ¡ojalá consiguiese mimarla más aún!... Amor mío, pide tú la gloria, y me enredo á cachetes con los serafines que la guardan... Sofia, sea usted generosa; perdonémos nuestra única desgracia en este mundo, que es no ver á mi niña llena de salud y triscando por el jardín del hotel... Si yo pudiese, la regalaría mi sangre, mis piernas, para que corriese alegre y agil... ¿No le da á usted compasión?
- SOF. Usted sí que me la da... (Conteniéndose al hacer Aurelio un movimiento.) por la pena que tiene con ver así á la chica. Acaso mejore... No hay que desesperar.
- AUR. ¡Ah! Desgraciadamente, según los doctores, es caso sin esperanzas de alivio... (Bajo, aparte con Sofia.)

- GRA. Nos vamos; hay que arreglarse... Anda, Fifi, te llevamos entre Teodora y yo... Y te vamos á poner muy bonita, con el traje nuevo, la cabeza como la de la muñeca... toda rizada...
 AUR. En su cuarto tiene el medallón de rubíes que la regalo por estrena... ¿Te lo pondrás, nenita?
 FIFI. Papá guapo: un beso; me gusta más que el medallón. (Le besa, y salen, sosteniendo Gracia y Teodora á Fifi; detrás Mademoiselle, por la puerta del fondo.)

ESCENA III

SOFÍA y AURELIO

- SOF. ¿Y Susana? ¿Estará arreglándose?
 AUR. Me figuro que sí... Pronto bajará... ¿Necesitaba usted verla? ¿Hay algo nuevo de ese asunto... que nos preocupa?
 SOF. Ayer estuve en casa de Armero; almorcé allí... ellos, y sobre todo Carlota, que es muy larga, no ignoran el interés que me tomo por arreglar definitivamente esta boda. Andrés Armero es muchacho simpático; tendrá un porvenir brillante en los negocios de su padre, que ya casi se los deja en las manos; no podemos esperar mejor marido para Gracia... y además, hay una inclinación: se miran, coquetean... Después del almuerzo de ayer, me parece que es cosa hecha. Se clarcaron mucho. Esta noche vendrán aquí, por lo menos la madre y el hijo; me lo han anunciado... y seguramente, con tal motivo, se explica Andrés.
 AUR. ¿Lo cree usted? Sería altamente satisfactorio para mí... y para Susana lo mismo...
 SOF. Pues ¿por qué lo estoy gestionando, sino porque para usted... y para Gracia es venta-

joso el enlace? Por usted... (Con apasionamiento.) por usted (Reprimiéndose.) y por los demás de esta casa, no me importa desempeñar el desairado papel de zurcidora casamentera... Después de todo, no será más desairado que el de solterona... y parece que se completan los dos.

AUR. No diga usted eso, Sofía... usted está muy bien, muy joven, y el día menos pensado, arregla su propio matrimonio... Y será dichoso el que se apodere de ese corazón leal, vehemente... ¡No se me sofoque usted! Ya sabe que habla un amigo, persona de todo punto formal...

SOF. Yo no he de casarme nunca...

AUR. ¿Es un voto?

SOF. Es un propósito... Miento; es algo que no pende de mi voluntad... Cosas que hace la fatalidad... En fin, ¿qué importa?

AUR. Sí que importa mucho... Me importa á mí, que quisiera verla á usted tan dichosa como yo soy y seré mientras no pierda á las amadas mujeres que han labrado mi felicidad en este mundo... Susana, a quien quiero como el primer día; no; ¡más. Gracia, que ya sabe usted si vale, si no es la más encantadora de las criaturas; y... mi pobre Fifi, la única espínade pena que se me hinca en el alma... Mire usted lo raro: quizás debido al estado de esa criatura, me parece que la adoro doble que á su hermana y á su madre. Es que por ella sufro... y las otras sólo me dan alegría.

SOF. Me va usted á enternecer... ¡Qué bueno, qué noble es usted, Aurelio! (Se seca los ojos.)

AUR. ¿Lo ve usted? Es preciso crearse afectos, Sofía; prescindir del egoísmo... Lo único bueno es la familia, el hogarcito abrigado para la vejez. Desde que me casé sólo he vivido para los míos... y tan dichoso. ¿No es cierto? ¿Por qué se calla usted?

- SOF. Podría contestarle á usted tantas, ¡tantas cosas!
- AUR. Vengan... Ya sabe usted como la escucho..
- SOF. No; he hecho voto de silencio. ¡De eso si que he hecho voto!
- AUR. (Extrañado.) Noto que habla usted muchas veces así, de un modo reticente...
- SOF. ¡Jesús! ¡Retencias! ¡No parece sino que existe algún misterio aquí! Nada de eso... Es lo más sencillo: yo no creo que se formen los hogares, como usted dice, para la felicidad.. Todo el que forma un hogar, me parece á mí que es como si aceptase una lucha... Tiene que vigilar ese hogar, tiene que defenderlo, tiene á su cargo el destino de otras personas y hasta su honor... El hogar es una cosa muy seria. Para descansar y vivir libre de cuidados, comprendo el claustro, pero no la familia...
- AUR. Pues ya ve usted que yo...
- SOF. No me argumente usted con ejemplos, que ejemplos los hay de todo... ¡Y menos con ejemplos personales!..
- AUR. Es que un ejemplo tan visible para usted... Catorce ó quince años que nos conoce usted y nos visita casi á diario...
- SOF. (Penosamente.) Es cierto... Pero por lo mismo... Lo que está demasiado cerca, se aprecia mal...

ESCENA IV

LOS MISMOS, UN CRIADO; después, DON VICENTE ALARCÓN
y JO-É ALARCÓN

- CRIADO Están ahí unos señores que quieren ver al señor.
- AUR. ¿No será nadie que venga á la fiestecilla? Me parece temprano... ¿Han dicho su nombre?

- CRIADO Me han dado esta tarjeta... (La presenta en una bandeja.)
- AUR. (Después de leer la tarjeta.) ¡Que entre, que entre en seguida! ¡Feliz casualidad! ¡El día de Nochebuena! Cenará con nosotros... ¡después de tantos años!
- SOF. ¿Pero quién?... (Vase el criado.)
- AUR. ¡Quién menos esperábamos! ¡Mi señor primo, Vicente Alarcón en persona! ¿Qué viento le traerá? Porque ese no se mueve sino por algo y para algo. ¡Ájalo de cuenta es. Así se ha labrado una fortuna, según dicen; que yo, por él, lo ignoraría. (Volviendo a mirar la tarjeta.) ¡Calle! Aquí pone con lapiz «é hijo». Al chico apenas si le reconoceré... ¡Le vi tan pequeño! (Entran don Vicente y José Alarcón.)
- AUR. (Precipitándose á la puerta.) ¡Bienvenidos, mil veces bienvenidos seais! Un abrazo, Vicente... José, otro abrazo.
- D. VIC. (Señalando á Sofia.) ¿Es Susana? ¿Es tu mujer?
- SOF. (Desviándose.) No, no; soy una amiga de la casa...
- AUR. Es nuestra íntima amiga Sofia Dávila. . Una hermana para mí.. Mi primo, mi sobrino... Susana está arriba arreglándose; demos esta noche una fiesta de niños; nada, un Arbol... En seguida bajara. Te presentaré á mis hijas y con Susana volverás á hacer conocimiento, porque sin duda ya no la recuerdas bien... Y tú, José, no la has visto...
- JOSÉ Yo poseo un retrato de tía Susana, y no la confundiría con otra mujer. Es muy guapa, tío.
- D. VIC. (A Aurelio.) ¿Permites? (saca un cigarro sin aguardar respuesta.) Mi único goce es el cigarro.
- AUR. Si no es molesto para Sofia. .
- SOF. Por mí... no se prive del goce.
- D. VIC. (Encendiendo.) No es goce completo; mejor se fuma estando solo...
- AUR. Si quieres nos iremos... Veo que no has cambiado, que sigues tan misántropo.

- D. Vic. No soy misántropo; no tengo prevención contra e' hombre en especial, sino contra el Universo; no me gusta el pesimismo a medias; el hombre es malo, porque es malo el mundo en que uace y vive... Ya sé que tú no profe-as mi opinión.
- AUR. No, por cierto. Me encuentro muy á gusto en la vida. Sólo deseo que me dure. Soy lo que se llama dichoso... y lo soy desde el día de mi boda.
- D. Vic. Imposible. Lo crees, te lo figuras... Es cuanto te concedo.
- AUR. ¿En dónde está la diferencia?
- D. Vic. En que sin remedio, un día saldrás de tu error.. En que la vida te presentará la cuenta... Habrás de pagar... Y ¡ay de ese día!
- AUR. Sofía, usted que me conoce; que conoce mi interior, dígle usted á este ave de mal agüero si soy ó no feliz... Y feliz honradamente.
- SOF. Yo confieso que opino como su primo de usted. No hay nadie dichoso de verdad.
- AUR. Tiene usted razón... ¡No debo olvidar á mi pobre enferma!... Pero, aparte de esa espina... no me cambio por ninguno.
- D. Vic. (Mirando alrededor.) Tú no eras rico... Hace unos catorce años vivías estrechamente... ¿Has negociado?
- AUR. Han negociado por mí... He puesto el capitalito en buenas manos... y ya ves, ya ves.. Sin ser archimillonario, disfruto un regular desahogo.. No es que en eso consista mi felicidad, pero...
- D. Vic. Pero en eso está fundada.. No; no te haré la ofensa de creer que desprecias el dinero... (Rumor) El dinero, hijo, es lo mas apreciable del mundo; lo único que hace llevaderas sus amarguras.. Ya sabes que hay quien dice: «No puedo gustar á todos, no soy doblón»... De manera que, si fuésemos doblones, teníamos la seguridad de que, sin ex-

- cepción, gustaríamos .. Lo cual no le sucede ni á la mujer más hermosa.
- AUR. Hay que dejarte hablar; tú no eres ni tan egoísta ni tan interesado como te finges .. ¡Si no te conociésemos! Y ¿cuál es el objeto de tu venida, después de tanto tiempo que no pones los pies en Madrid, que andas viajando sin cesar?
- D. VIC. Yo no digo nunca ni á lo que vengo ni á lo que voy... Costumbre de negociante.
- AUR. Como quieras. ¡Eres un tipo gracioso! Sofia, ¿me hace usted el favor de subir, para que baje pronto Susana, ó al menos Gracia? ¡Que están aquí unos forasteros muy inesperados y á quienes tendran gusto en saludar inmediatamente...! Dígale también á Susana que después del árbol, Vicente y José cenarán con nosotros, en familia. Sofia... perdone, y mil gracias.
- SOF. Voy á apurarias, aunque probablemente estarán listas del todo... (Sale por la galería á la izquierda)

ESCENA V

AURELIO, DON VICENTE Y JOSÉ

- AUR. Y ¿á qué dedicas á tu hijo? O también es eso algo que no pueden decir los negociantes?
- D. VIC. Ni eso, ni la causa de mi venida á Madrid, serán para tí un secreto... Lo que hay es que no estábamos solos.
- AUR. Sofia es de casa.
- D. VIC. De la tuya, á lo sumo... Nadie es de casa sino los de casa... y á veces ni aun esos.
- AUR. Bien; si se trata de algo reservado...
- D. VIC. Pi es mi hijo, negociante como yo, viene á tratar de encontrar novia... y como me importa mucho que la encuentre á satisfac-

ción... le acompaño en clase de agente de policía, para que, si hace una atrocidad, al menos la haga con pleno conocimiento de los antecedentes, esos antecedentes que no son por completo del dominio público y que jamás llegan hasta los que parten de la suposición de que la gente es buena ó quizás mediana.

AUR. ¡Lástima que Gracia tenga ya un pretendiente casi oficial! Haríamos una boda en la cual te habrías ahorrado el trabajo de investigación.

D. VIC. ¿Ahorrármelo? Investigaría tratándose de mi propio hermano. Con que ya ves...

JOSÉ No haga usted caso á mi padre... Son fantasías.. No estoy completamente decidido á casarme... Y desde luego, respetándole mucho, no me guiaré del todo por sus informes. Esas cosas... bajan del cielo, como suele decirse.

AUR. Hoy vendrán aquí muchachas; á ver si hay flechazo... Te presentaré á Lolita Marialva; ¡es muy mona!..

JOSÉ No hay inconveniente... Pero no crea usted que por eso... Si mi vocación al matrimonio fuese tan resuelta, cien ocasiones hubiese tenido en América, en Bilbao, en Barcelona.. Tener que casarme no me produce eusiasmo.

AUR. ¿Es posible?

JOSÉ Y tan posible. No estoy convencido de que sea cosa muy buena el matrimonio.

AUR. Pues yo te aseguro que cuando el hábito remacha el clavo del querer; cuando el querer, por un raro prodigio, pareciendo antes tan grande que no cabía más, se extiende á los hijos y se hace como infinito, no existe en la tierra nada mejor. Aquí me tienes á mí: ni vivo, ni respiro sino para Sofía y Gracia... y sobre todo, para Josefina, que es la enferma. A esa, la daría mi sangre.

JOSÉ Al estado que usted me describe, tío, yo no quisiera llegar. Será dulce, pero tiene mucho de enervante. La familia es uno de los fines de la vida; no el único. Y yo soy poco mimoso... A mí no me ha dado mi padre ningún mimo. Me ha educado asperamente. Se lo agradezco.

D. VIC. Te he educado para el combate y la conquista, en países duros, donde se gana el pan con el puño cerrado. Haces bien en agradecerme que te haya criado con pelos en el alma.

AUR. Según eso, ¿no hay cuestión de bodas?

JOSÉ Pchs... Veremos. Lo que hay seguramente es una cuestión de intereses, y de aquellas en que es necesario adelantarse; la actividad se impone... para salvar lo que se pueda de un naufragio.

D. VIC. Naufragio que yo había previsto, ¡ya lo recordarás, José!... Yo tenía, hace tiempo, la mosca en la oreja... Una casa de banca que no es de las más fuertes, y está minada por el derroche insensible y oculto de su patrón... Cuando llega á mi noticia que un banquero gasta sin tino, y gasta secretamente, y sostiene á una mujer que no es la suya, no me extraña que el mejor día suspenda sus pagos, máxime si ha hecho, por el afán de aumentar el boato de esa mujer y de su familia, especulaciones arriesgadas, juzgadas locas... Este es el colapso: unos bajan y otros suben... Y como yo no quiero bajar, vengo á rescatar mi pedazo de carne de entre las uñas de ese individuo, que está con el agua al cuello, aunque por ahora tengo entendido que nadie lo sospecha.

AUR. (Vagamente inquieto.) ¿Y quién es el individuo?

D. VIC. (Con impulso ligero de desconfianza.) ¿Qué nos importa su nombre? Es... uno de tantos como han equivocado el camino, buscando en casa ajena lo que deberían tener en la propia...

Mujer, hijos, ¡lo más propio! lo ha querido ajeno; ajeno el lujo, ajeno el hogar... Pues que lo pague. ¡Yo soy partidario de que á cada cual le vaya en esta vida según sus actos!

AUR. ¡Triste caso! Un drama que, diga lo que quiera tu pesimismo, no debe de ser muy frecuente en la vida... (Insistiendo con la misma vaga inquietud de antes.) Pero en fin, el nombre de ese banquero se sabrá de público mañana, si en efecto su ruina es completa..

José Verdad, padre; ¿á qué viene callarlo? Bajo reserva... El banquero es... Casarrobles.

AUR. (Con estupor doloroso) ¡Casarrobles!

D. VIC. ¿Le conoces? ¿Es amigo tuyo?

AUR. Sí... Le conozco... Le conocemos...

D. VIC. ¿Es que tienes fondos por casualidad en su casa?

AUR. No... (Titubeando y riendo forzosamente.)

D. VIC. Entonces, ¿cómo te ha producido tal efecto la noticia?...

AUR. Porque... porque no la esperaba... Una sorpresa... pero nada más...

José (Aparte.) Miente. Se ha puesto pálido como la cera.

D. VIC. (Aparte.) Miente. Le ha causado demasiada impresión... ¡Este José! ¡Qué ligereza! Si tiene fondos en poder de Casarrobles y se nos adelanta...

ESCENA VI

DICHOS, SUSANA, GRACIA, SOFÍA, luego FIFI sostenida por DOROTEA y MADEMOISELLE

Sus. ¿Es verdad lo que me dice Sofía? (Volviéndose hacia los forasteros.) ¡Vicente! ¡José! ¡Cuánto gusto en veros, cuánta satisfacción en que paséis esta noche con nosotros! No podía-

mos soñar mejor complemento para nuestra cena de familia... Aquí tienes á tu sobrina, la mayor; la pequeña bajará en seguida... No es tan fuerte la pobre; nos da mucho cuidado su salud... Gracia, ¿qué haces que no abrazas al tío y al primo? (Gracia abraza á don Vicente, que apenas la estrecha; al dirigirse á José para abrazarle, éste retrocede, y la besa la mano.)

JOSÉ Perdona, prima; eres muy gnapa, y yo no soy de estuco...

GRA. ¡Qué bromista, primo! Gastas buen humor... Se me figura que contigo lo vamos á pasar muy bien... ¿Vienes por temporada?...

JOSÉ Sí... No nos iremos tan pronto... ¡Pero estoy volado! No sabíamos que teniais fiesta; si nó, nos hubiésemos vestido. Acabamos de llegar.

GRA. No te preocupes. Sólo vendrá gente de confianza...

JOSÉ ¿Tu futuro y su familia?

GRA. ¿Dices que acabas de llegar? Yo creo que ya estás de vuelta.

SUS. Aquí tenéis á la niña mimada, á nuestra Josefina... Aurelio, ayúdala; díla que está bonita con el traje... ¿Qué te pasa? ¿No me oyes?

AUR. (Saliendo del ensimismamiento y fijándose en la cara de Susana.) No sabe nada...

SUS. (A Aurelio.) Pero, ¿no haces caso de Fifi?

AUR. Perdona; ya voy... (Se adelanta hacia el grupo de Fifi, Dorotea y Mademoiselle. Fifi viste de blanco ó rosa, con elegancia y coquetería; le han rizado el pelo en tirabuzones; se ve que viene fatigada, exhausta por el esfuerzo que representa la "toilette".)

FIFI ¡Papá! Mira, traigo puesto el medallón... el medallón que tú me regalaste...

AUR. (Ensimismado.) Bien; el medallón...

FIFI Pero, ¿no lo miras? Es precioso... Dame un beso. (Aurelio no escucha.)

SUS. (Empujando á Aurelio.) La niña te pide un

- beso... ¿Qué tienes? (Aurelio, empujado por Susana, besa a Fifi.)
- FIFI
SUS. ¡Qué beso tan raro! Bésame mejor...
(Aparte á Aurelio.) Algo te pasa. No quieras engañarme; conozco tu cara, ya lo sabes, tan divinamente. Algo te pasa y algo muy serio.
- AUR. Ya hablaremos. Ahora es imposible.

ESCENA VII

DICHOS. CARLOTA ARMERO, LOLA MARIALVA, ANDRÉS ARMERO, DON GENARO MARIALVA, NIÑAS, amigas de FIFI, y entrando después poco á poco algunos invitados, que no deben pasar de cuatro ó seis entre caballeros y señoras

- CAR. ¡Felices Navidades, Susana! Habéis tenido una idea preciosa al convidarnos así.. en la intimidad...
- LOLA ¡Qué encanto de fiesta!.. Nos vamos á divertir muchísimo...
- SUS. Carlota, te presento á mi primo Vicente, á mi sobrino José Alarcón... ¡Nuestros parientes más próximos!.. Acaban de llegar; no sabían que teníamos gente.. Andrés Armero... Lola Marialva.. Don Genaro Marialva.. ¿Saben ustedes? Nos han dado la encantadora sorpresa de presentarse esta noche... Ya era tiempo; al sobrino, ni le conocíamos.
- D. VIC. (Llevándose hacia un rincón á Don Genaro Marialva.) Señor Marialva, tanto gusto... Hace tiempo que le conozco á usted de referencia... ¿No es usted amigo de Casarrobles?
- D. GEN. Pchs... Le trato; le encuentro á veces en Bolsa..
- D. VIC. ¿No suele venir aquí?
- D. GEN. No, por cierto... De tarde en tarde...
- D. VIC. (Acercándose sin afectación á Carlota Armero.) Señora... ¿No sabe usted si tendremos aquí al señor Ca-arrobles esta noche? Me vendría tan bien encontrarle... Un negocillo...

- CAR. (Afectando discreción y transparentándose.) Le diré... No sé... Eso, mejor que nadie, Susana... Ya ve usted: la dueña de la casa.
- D. VIC. (Aparte.) ¡Hola... hola!... Si se aplica el dedo, el registro suena... Por grande que sea la malicia, no cabe en ella la verdad.
- FIFÍ (A sus amiguitas.) ¡El árbol, el árbol! ¡El sorteo de los juguetes! ¡Veréis qué bonito!
- TODAS ¡El árbol! ¡Los juguetes! ¡Qué gusto! ¿Y después, bailaremos?
- FIFÍ ¡Bailaréis! (Tristemente) Yo miraré...
- TODAS ¡Los juguetes! ¡El árbol! (Bullicio. Telón rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO



ACTO SEGUNDO

El despacho de Aurelio Alarcón. Un despacho bien alhajado, sin pretensiones, pero con refinamientos. Mesa, gran diván, plantas, flores; cuanto revela la mano de una mujer cuidadosa, que piensa en los detalles. Algunos objetos de arte; puerta al fondo, dos laterales y una ventana á la izquierda del espectador. Es de día.

ESCENA PRIMERA

Cuando se alza el telón, entra por la puerta del fondo AURELIO, con sombrero y abrigo, que se quita y coloca sobre una silla. Se deja caer en el sofá, como abrumado. Después de un instante, en que gesticula sin hablar, se levanta y oprime el timbre. El CRIADO se presenta.

AUR. ¿No han venido los señores de Alarcón?
CRIADO Abajo están con la señorita Gracia.
AUR. Dígalas que me hagan el favor de subir... Es decir, no; que suba solo el señor don Vicente. (El Criado se retira. Aurelio pasca por la habitación, y á ratos se acerca á la ventana impaciente y nervioso.)

ESCENA II

AURELIO y DON VICENTE

AUR. Buenas tardes, Vicente, entra .. ¿Quieres tomar asiento? Me has telefoneado que necesitabas verme...

- D. VIC. Así es.. Perdona si te molesto... Parece que estás inquieto ó disgustado.
- AUR. Nunca faltan contrariedades... Dí de qué se trata.. aunque me lo sospecho.
- D. VIC. ¿Lo sospechas? Entnces ya tenemos andado la mitad del camino... El caso es que esa fatal quiebra de Casarrobles, me coge un pellizco muy considerable. ¡Ah! Coge á mucha gente, la tal quiebrecita... Y como resulta que tú estás á salvo, lo que se dice completamente á salvo... he pensado que esto no es justo, que podrías ceder algo de tus derechos.. á fin de compensar en parte la pérdida que sufro yo.
- AUR. ¿Dices que yo estoy á salvo?...
- D. VIC. Es lo mismo. Está á salvo Susana, en nombre de la cual se encontraban impuestos los fondos. Mediante combinaciones y precauciones que revelan una habilidad admirable —¡tu Susana es una gran mujer!—no perderéis un céntimo y hasta recogeréis acumulado el pingüe interés de vuestro capital.
- AUR. ¡Pero eso... es absurdo! ¡Absurdo!
- D. VIC. Al contrario. Es maravilloso.
- AUR. De ese dinero... me despojaré. Mejor si te lo llevas tú. Si no, lléveselo otro cualquiera.
- D. VIC. ¡Qué Quijote! No tanto, Aurelio, no tanto... Yo pretendo lo que es natural; mirar por mis intereses; pero tú también debes pensar en los tuyos, en los de tu familia... No exageremos. Con tu situación privilegiada dentro de la liquidación Casarrobles, debes auxiliarme á mí, ayudarme á salir á flote medianamente. Entre los dos podemos alejar á los demás acreedores, quedarnos solos, y entonces hasta es fácil que realicemos una negociación ventajosa... El bueno de Casarrobles, que se ha marchado nadie sabe adónde, era, sin género de duda, un pobre diablo, y yo creo que en su desgracia entra por mucho la falta de tino y de olfato

para desenredarse de ciertas marañas... No; y te diré que debo rectificar mis informes de ayer. En la ruina del banquero no ha intervenido mujer alguna. La gente en estas ocasiones, echa á volar lo primero que se le ocurre. Mejor enterado, puedo asegurar... Ya sabes que para averiguaciones soy un águila.

AUR.

D. VIC

Si, sí... ya lo sé.

¿De modo que... puedo contar contigo? ¿Me ayudarás?

AUR.

D. VIC.

Preferiría regalártelo todo.

No digas disparates. ¿Regalar una fortuna? Tengo en mayor estimación tu inteligencia y hasta tus sentimientos de esposo y de padre. A bien que la fortuna no es tuya y Susana sabrá defenderla; defender su bienestar.

AUR.

D. VIC.

Susana hará lo que yo mande. (Frisamente.)

Siempre pasa lo contrario, que son ellas las que nos imponen su voluntad...

AUR.

D. VIC

(Saltando.) ¿Qué quieres dar á entender?

Una broma.... ¿Estás enfermo acaso?

AUR.

No...; desazonado solamente... y te ruego que suspendamos un momento esta conversación; ya volveremos á ella.

D. VIC

Bueno, bueno, no pretendo molestarte... Pero te diré que los asuntos requieren actividad... Perder un minuto en este caso es comprometer graves intereses... Estoy abajo, con José, Sofía y Gracia.—Por cierto que Gracia es un encanto. Me parece que le gusta á su primo más de la cuenta.

AUR.

Bien, ya procuraré activar... ¿Quieres hacerme el favor de decirle á Sofía que suba un instante?

D. VIC

Ahora mismo... (Aparte.) Por lo visto, la amiga es la confidente... ¿Estará aquí la explicación de... otras cosas...?

ESCENA III

AURELIO solo, siempre agitado; mímica expresiva que queda al arbitrio del actor. Después SOFÍA,

AUR. (Se acerca con rapidez á Sofía, la toma las manos, y la mira fija é intensamente) ¿Qué me dice usted para consolarme, Sofía? ¿Para aliviar mi inmensa desgracia?

SOF. No sé... No comprendo...

AUR. ¿Responde así la amiga? Creí que me quería usted un poco... Está visto; no tengo á nadie, á nadie en este mundo. (Se arroja en el diván.)

SOF. (Impetuosamente, acariciándole sin saber lo que hace.) Vamos... Aurelio... cálmese usted... Aurelio querido... son desdichas de la vida... Cálmese... Por mí, al menos... Por mí, que tanto le...

AUR. ¡Ah Sofía! ¡Qué infamia tan grande! ¿No es verdad? ¿Cabe mayor infamia? Porque se trata de una infamia, de un engaño vil, miserable, continuo...

SOF. Aurelio, Aurelio... ¡Cuántos años llevo viéndolo, sufriendo y callando! Aurelio... ¡Si usted pudiese adivinar lo que dentro de mí ha pasado en este tiempo! (Arrastrada por la emoción habla atropelladamente.) Y mi boca con candado, y silencio siempre, y una losa sobre el corazón... Y la duda, y reprendirme á mí misma, porque á veces me parecía tan malo callar como hablar, y... (Aurelio la mira espantado; Sofía da un grito.) Qué... qué es eso... Aurelio... por qué me mira así... ¡Ah! Ya entiendo, ya sé... ¡Dios mío! Se fingía usted enterado para que yo... No sabía usted nada... ¡Desgraciada de mí! He sido yo... ¡Yo! (Rompe á llorar desconsoladamente.)

AUR. No se aflija usted... Moralmente lo sabía; me faltaba solo confirmarlo... Sofía, infeliz

Sofía, silenciosa, paciente... Amiga verdadera, leal... Dígame usted que me quiere, me hace falta; estoy abandonado, más abandonado que un niño á quien dejan desnudo al borde de un camino... ¡Ah! Tengo sed...

SOF. (Temblorosa, coge el vaso de un servicio de agua, lo llena, lo ofrece á Aurelio, que bebe, sonando sus dientes contra el cristal del vaso.)

AUR. Gracias... Ya estoy más tranquilo... Esta agua servida por usted me ha hecho bien.. Ahora, valor; no daré más este espectáculo vergonzoso en un hombre..

SOF. ¿Por qué? Para sentir y sufrir, iguales somos mujeres y hombres..

AUR. A nosotros, hay sentimientos que nos ponen en ridiculo... ¡Afrentado!... ¡Estoy afrentado!

SOF. Aurelio... Dígame usted... y créame... No sé lo que he dicho; habrán sido desatinos; ideas infundadas que me pasaban á mí por la cabeza... No me haga usted caso; no poseo certidumbre ni prueba material ninguna... ninguna. De modo que mis palabras son las palabras de una loca, que á fuerza de reprimir sus sentimientos más profundos se ha exaltado y ha visto lo que de fijo no hay...

AUR. ¿Qué sentimientos reprimía usted, Sofía? (Caríñosamente.) ¿Tal vez?... ¿Habré tenido la fortuna?...

SOF. (Sin hablar, mueve la cabeza afirmativamente, y avergonzada, se aparta; Aurelio se le acerca, la coge las manos, la atrae á sí.)

AUR. ¡Gracias, Sofía! Gracias por esta limosna de ternura, de amor, en esta hora terrible, en que mis amores de siempre se desbacen en ceniza vil. ¡Yo, que no lo había sospechado!

SOF. Aurelio... basta... déjeme usted marcharme, déjeme... Tengo vergüenza... me muero de vergüenza...

AUR. ¿Vergüenza usted? ¿Usted, que ha callado, que ha soportado, que se ha sacrificado? ¿Vergüenza? Sofía, lo único hermoso que

- veo ya en mi porvenir y en mi vida es usted... Usted será mi consuelo... si no quiere que renuncie á consolarme y me vaya, solo y desesperado, lejos, lejos... á donde no se vuelve...
- SOF. (Con un grito.) ¡No, Aurelio; eso no! Tome usted mi estéril existencia entera, haga de mí lo que se le antoje, pero viva y viva dichoso, si es posible! Yo no importo nada. Soy una rama seca... Rómpame usted... Pero déme palabra de que...
- AUR. Haré lo que tú ordenes... si me ofreces todo el cariño que me hace falta; porque estaba acostumbrado á mucho, á mucho... y sin él no puedo vivir... (La estrecha.) ¿Sabes? Te cojo la palabra. Nuestro porvenir es uno... uno no más.
- SOF. (Temblando.) Suben la escalera... Viene alguien...
- AUR. ¡Christ! ¡Es Susana!

ESCENA IV

DICHOS. SUSANA

- SUS. (Entrando. Con naturalidad.) Aurelio... Sofía... ¿No interrumpo? No sabéis qué mal rato estoy pasando con Fifi. La encuentro muy seriamente enferma... A mi parecer, algo grave en el corazón... Que venga el doctor Sánchez del Abrojo... ¿Qué te pasa, Aurelio, no te enteras?
- AUR. (Volviéndose y con cólera.) Sí; me entero. (Reprimiéndose.) Perdona; tampoco yo me encuentro bien... No es Fifi la única...
- SUS. (Solteita y mimosa.) ¿Estás malo? Habérmelo dicho... ¿A quién le habla de importar más saberlo? ¿Y qué tienes, Aurelio? (Aurelio se vuelve de espaldas.) Sofía, ¿qué ocurre? ¿Está realmente malo, ó es algún disgusto?...

- SOF. (Secamente.) No sé nada.
 Sus. Pero, Aurelio, ¿qué chiquillada es ésta? Vas á contarme en seguida tu enfermedad.
 AUR. (Con ironía.) Sí; voy á contártela. . á tí sola.
 (Sofía se dirige á la puerta. Aurelio la detiene, la estrecha la mano y murmura tiernamente.) ¡Hasta luego, Sofía!... (sofía sale.)

ESCENA V

SUSANA, AURELIO

- Sus. (Aparte.) Es el momento decisivo. Animo... las piernas parece que se me doblan... (Alto.) Aurelio... ¿qué sucede? ¿Por qué no me has avisado desde luego? Vamos; di, ¿qué ocurre?
 AUR. (Aparte.) Se creería que yo soy el culpable... Tengo miedo; las manos se me enfrían... (Alto.) Cuanto más corta la conversación, mejor. Y cuanto más sencilla la fórmula, mucho mejor. Me has engañado...
 Sus. ¡Aurelio!
 AUR. Me has engañado, lo repito; y antes de resolver lo que he de hacer de tí, exijo que te desprendas del capital, precio del engaño.
 Sus. ¿Estás en tu juicio para hablarme así?
 AUR. No niegues. La negativa era prevista. No te servirá de nada.
 Sus. No niego; no me digno ni aun negar. Insisto en mi pregunta: ¿estás loco?
 AUR. Susana, Susana... no juegues con mi desesperación, con mi desesperación infinita. No me precipites á una locura verdadera. ¡Ojalá estuviera loco! Lo estuve antes, y ciego, ciego.
 Sus. (Cambianado de tono.) Mi Aurelio, mi amor, ¿pero qué significa esta escena cruel? Yo no te he engañado; mirame, soy tu mujer, tu Susana, tu compañera de tantos años, la que te hizo conocer la felicidad... (Acercán-

- dose más aún.) ¿Qué engaño me reprochas? Contesta... ¡No contestas! Es que no tienes nada que decir... No, no tienes nada que decir; y si no ¡dilo!
- AUR. (Frisamente.) El dinero de que vivimos era de Casarrobles, y Casarrobles era tu amante.
- SUS. ¡Vamos, se trataba de eso! ¡La calumnia y la envidia, cansadas de arrastrarse, han subido hasta tu corazón!... ¡Gente ruin! ¡Gente despreciable! Y tú ¿por qué crees tales enormidades sin pruebas ni fundamentos?
- AUR. Lo creen todos. Sólo yo lo ignoraba. Ayer tuve que saberlo también.
- SUS. ¿Lo creen todos? Pues cuando todos lo creyesen, tú debías negarlo, tú debías reírte de esa burda invención maligna. A quien debes creer es á tí mismo. Consulta tus recuerdos, reconstruye nuestra historia. ¿Hemos pasado un día de desavenencia, un día de disgusto? ¿Tengo yo aire y trazas de esposa infiel? ¿No hemos hecho la misma vida sin apartarnos casi? ¿No has visto en mí el amor, siempre el amor? ¡Si no lo has visto, entonces si que estabas bien ciego! ¿Se finge el entusiasmo, se finge la alegría, se finge la caricia constante? ¿Se finge una dicha como la que hemos gozado tú y yo?
- AUR. Susana... ¡Oh Susana! No me hables tan de cerca; siéntate ahí; discurremos tranquila, serenamente.
- SUS. (Sentándose.) ¿Serenamente, y se trata de lo único que me importa en el mundo, que eres tú?
- AUR. Si te importo, pruébamelo. Desprendámonos de esa fortuna maldita.
- SUS. ¿Quién te ha sugerido una idea tan descabellada y romántica?... ¡Si que andan por ahí las gentes tirando á la calle su fortuna, á la menor sospecha ó á la primer insinuación de un envidioso! Ya, ya me figuro de donde viene el golpe. Tu primo Vicente,

para cubrir su pérdida propia en la quiebra de Casarrobles, codicia nuestra parte. Y si tú, dejándote llevar de sus arterias, te sacrificases como un cordónito, lo primero que haría Vicente, ¿sabes qué sería? oponerse á la inclinación repentina y fuerte que se ha despertado en Gracia y José, y al ver pobre á nuestra hija, plantarnos ahí á ella y á nosotros... Créelo, Aurelio.. Tengo más experiencia que tú; no en balde soy algo mayor en edad..

AUR. Susana... Todo cuanto puedes decirme no explica el por qué solo tu fortuna ha salido incólume de la quiebra.. Ahí está la prueba que te confunde. Ahí está. ¡Ah! Yo merezco lo que me sucede. Adornado en una ventura que creí inagotable y que me parecía sagrada y bendita, no me he ocupado sino en saborearla. He sido débil; tú has dirigido nuestra existencia; me absorbías; yo no veía sino por tus ojos. Basta, Susana, basta; no te exijo nada ya; conserva tu riqueza... A tu lado no puedo permanecer. ¡Eso sí que no! Despidámonos... y cada cual por su lado; bien leve castigo es para tí... y para mí es la redención de tanta ignominia.

Sus. ¿Qué dices, Aurelio, mi cariño, mi esposo? ¿Perdarte? ¡Piérase cien veces ese dinero que te estorba, antes que tú te apartes de estos brazos en que te he tenido y he de tenerte hasta que muera! ¡Ero Aurelio, si tú me quisieras, si te quiero yo, si todavía hace cuarenta y ocho horas éramos... ¡acuérdate! ¿no te acuerdas, loquuto? dos enamorados... ¿concibes que por una quisquillosidad de punto de honra imaginario nos desgarremos el alma? ¡Valiente locura! ¡Nadie vendrá á indemnizarnos de lo que arrojemos al altar de un ídolo!... ¿No me miras, Aurelio? Mírame, ¿concibes que yo amase á otro? ¡Ah! ¡Bien puedo jurarte sin perjurio, que solo

á tí te adoré! Porque te adoraba y porque adorarse es tan dulce, quise traer al hogar el bienestar, un poco de lujo, la poesía de un ambiente elegante y delicado... y gestioné mi fortuna, como la gestiona un hombre... Te correspondía á tí hacerlo, pero no estaba en tu carácter. Con iniciativas, luchando... Pero te adormeciste en el blando refugio de tu interior...

AUR. Me adormeciste tú, me diste un filtro...
Amé tanto á mis...

SUS. A tus hijas... ¡A tus hijas!

AUR. (Dolorosamente.) A las criaturas que nacieron bajo mi techo...

SUS. (Enérgicamente.) A tus hijas... Pues no bastaba... Hubiera sido preciso combatir, defender nuestro puesto en el mundo... Tú viviste descuidado, tranquilo... y encantado... No lo niegues... Lo repetías á cada instante ¡nadie más feliz que tú! Y lo serías aun, si no te silban al oído las serpientes un cuento de mentiras y de maldades... Sabelo, esa fortuna que está apartada y libre de las contingencias de la quiebra Casarrobles, procede de un préstamo que mi padre hizo al banquero, hallándose éste en situación angustiosa. Por eso, los fondos que nos pertenecían y que Casarrobles manejó y aumentó, quedaron á salvo de toda eventualidad. Yo supe—dentro de la ley—clave-tear bien lo nuestro...

AUR. ¿Qué garantía me das de que eso es verdad?

SUS. ¿Qué garantía te han dado los calumniadores de que no mentían?

AUR. Susana... no te creo. ¿Qué he de hacer? La fe es una cosa involuntaria.

SUS. La fe también se adquiere, y si se ha perdido, se recobra. Deja correr los días, deja que el río de la vida ruede sus aguas... y se curará este delirio que te tiene trastornado. Piensa con calma las consecuencias de tus

acciones, y no las realizarás, porque realizarías un crimen. De mí no hablemos; yo no importo. Pero si me obligas á renunciar á mi fortuna, la escasez matará á Fifi y dejará á Gracia sin marido, sin establecimiento posible, trabajando para comer, con los dedos picados de la aguja y la cara marchita por las privaciones. ¿Concibes á tu hija sin trajes de seda? ¿Concibes á tu hija subiendo pisos para cobrar tres pesetas? ¿La concibes casándose con un hombre toscó y consero, que la mantenga y la maltrate? ¡Aurelio, Aurelio... sé piadoso con ellas; tú las has idolatrado, ellas no respiran sino para tí! Y si te vas de nuestro lado, ¿crees que Fifi no se muere también? Te quiere más que á mí, más que á todos... Tiene por tí una pasión. .

AUR. (Tapándose la cara, sollozante.) ¡Más que á todos la quería yo, Dios mío!

Sus. La pobre enfermita... ¡No la has de querer! El menor choque la romperá; cosa tan frágil, tan tierna, flor ya medio arrancada. . . ¡Lloras, Aurelio? ¿Lloramos juntos? Así tenía que ser... No es solo la felicidad la que une; todavía nos estrecha más la pena, nuestra hija en peligro ¡en constante peligro de muerte!

AUR. Acabemos, Susana... No te creo...

Sus. ¿Y por qué no me crees? Si no me crees, es que ya has dejado de amarme. Adivino, adivino... Otra mujer se ha interpuesto. . . ¿Te estremece? ¿Te sobrecojes? Es verdad lo que supongo. Otra mujer... Aurelio, ¡ya me explico el misterio, que no podía comprender antes!

AUR. (Fatigado.) ¿Tú pidiéndome celos, Susana? ¡A dónde nos ha llevado el giro de este diálogo tan triste! ¡Quién lo creería!

Sus. No te atrevas á negar. No te atrevas á mentir. Otra mujer está entre tú y yo... Si eso se olfatca... Si eso se respira en el aire... ¿Me

juzgas tan torpe que estén pasándome delante de los ojos las cosas y no las adviertas?... He percibido que tú no te fijabas en el enamoramiento de Sofia... Tú no lo veías; tú estabas distraído; el velo de la amistad te cegaba... Ha llegado, sin embargo, este momento... Y Sofia, en provecho propio, te ha traído delaciones, invenciones, las miserias de cualquiera que se las ha dictado... ó las tuyas propias, de su cosecha. Ahora, ahora entiendo; ahora sé por qué me torturas; ahora descifro lo que no acertaba á entender. ¡Sofia! Ha desahogado el veneno que llevaba en el alma contra Josefina y contra mí... Emboscada en nuestro hogar, esperaba la traidora el momento...

AUR. Susana, te engañas ó mientes... Sofia, lejos de acusarte, te ha excusado...

SUS. ¿Lo ves? Habláis de eso cuando entré, y estáis los dos turbados, conmovidos...

AUR. Sofia es incapaz de una delación... Yo, yo la sorprendí; yo la arranqué una parte de la verdad con astucia, dándome por enterado, y ahí está la prueba que me pedías: la sorpresa de un alma leal, que involuntariamente...

SUS. ¡Hola! ¡Por fin! Ella; ella, la secretamente prendada de tí; la que acechaba el instante de sustraer lo que no es suyo, ella fué la delatora. ¡Y me lo negabas! Aurelio, Aurelio; quien puede aquí quejarse de falsías no eres tú, soy yo... ¿Y esto es posible, Aurelio mío? (Acariciándole.) Dime que no, que no la quieres; que la echaremos de casa, de nuestro hogar, de nuestro nido, que fué para nosotros el cielo... Dí que todavía me amas; que todavía...

AUR. (Rendido.) Sí... todavía... Por mi desgracia... No se pierde en un día la costumbre de amar...

ESCENA VI

DICHOS, SOFÍA, GRACIA. Sofía se detiene en el umbral. Ha visto á Susana con los brazos al cuello de Aurelio

GRA. Papá... Ven en seguida; está aquí Sánchez del Abrojo, y no encuentra nada bien á Fifi.

AUR. }
SUS. } (A un tiempo.) ¿Algo grave?

GRA. (Tristemente.) Muy grave.

AUR. (Como si despertase.) Vamos; en seguida... ¡Vamos! (Sale con Gracia por la puerta lateral.)

ESCENA VII

SUSANA, SOFÍA

SOF. Vamos también nosotras. Podemos hacer falta.

SUS. (Acercándose á Sofía, con dureza y vehemencia.) Tú no. Ni eres madre de esa niña, ni llorarías una lágrima si se muriese. Acaso te alegrases Tu lugar no está á su cabecera.

SOF. Sosiégate; no es mi lugar tampoco esta casa. No estorbaré mucho en ella; no tengas miedo. Pero antes de despedirme de tí, he de decirte algo que conviene que sepas, Susana.

SUS. Dí; descubre tu verdadera cara; quitate el antifaz de amiga; confiesa que me odias.

SOF. Te odio, sí, porque le has engañado y le has envilecido.

SUS. Me odias, porque estás enamorada de él.

SOF. Si le hubieses sido leal, hasta te querría de corazón. No soy como tú; mi cariño es noble, es puro.

SUS. La impotencia se disfraza de generosidad. Aurelio no te ha mirado; no ha reparado en tí. Es demasiado mío para ser tuyo. Y es

mío aún y mío seguirá siendo, porque he echado raíces en su ser y no podría arrancarme sin morir. Tenlo entendido. No me lo robarás.

- Sof. ¡Es para confundirse! El que te oyese, creería que eres la esposa más enamorada...
- Sus. Y lo soy, y lo fui siempre, y no hay sinceridad mayor que la mía cuando le doy el alma en un abrazo. Y porque le adoré quise verle venturoso, libre de los cuidados y las preocupaciones del que ha de ganar el pan de su familia, libre para consagrarse sólo á mí, á nosotras... ¿De dónde sacas tú que no es así? ¿Tú que nos has visto vivir tantos años?
- Sof. Oye, Susana: ¡eres.. un monstruo!... Acaso el serlo sea tu única excusa... Le manchas, le afrentas, le engañas, haces escarnio de él... y tienes el valor de decir... y acaso de sentir... Basta, Susana; creí conocerte, y no te conocía; no podía penetrar en lo tortuoso de tu conciencia. Me asustas, me das horror...
- Sus. Te doy envidia, te doy celos... Eso, y no otra cosa te doy, pobre Sofía.. Tienes envidia de mí y de mis hijas que, como yo, están medidas en el pecho de Aurelio, en su sangre... donde quisieras estar tú... donde nunca estarás...
- Sof. ¡Ni lo pretendo...! Resignada á mi soledad, quise hacer mi alegría de la alegría ajena. Aurelio era dicho-o; con eso tenía yo lo bastante para vivir. ¡No te atreverás á negar que he callado, sabiendo todo desde el primer instante, porque lo he sabido; conociendo los motivos de tus alteraciones nerviosas cuando nació Josefina... porque entonces no estabas endurecida en el mal como ahora lo estás, y acaso el remordimiento te quitaba el sueño y te causaba aquellas terribles convulsiones en que yo te asistía y en que tú á veces dejabas escapar, sin querer, parte de

tu secreto! No contenta con callar, he mentido: al arrancarme Aurelio por sorpresa algunas frases que te comprometían, me he retractado, he jurado que no poseía ninguna prueba, que eran desvarios de mi imaginación... Y sin embargo, algunas pruebas conservo... ¿Entiendes? Algunas...

Sus.

Baja la voz... ¡Calla!

Sof.

Las he recogido pacientemente, como se recoge un despojo que de nada ha de servir... Toda mi vida ha sido paciencia... Guardo un billete que te escribió Casarrobles un día que estabas enferma en la cama... Dice poco, pero estando prevenido, dice lo suficiente... No tiembles; si no he de hacer uso de él... ni de nada... Si puedo afianzar la venda sobre los ojos de Aurelio, la afianzaré... ¿Quieres más?...

Sus.

(Aterrada, casi arrodillándose.) Perdóname, Sofia... Ten compasión de mí...

Sof.

De tí, no... Si la tengo será de él... de él... ¡Da gracias á tu suerte; para herirte tendría que destrozarle!

Sus.

Eso no lo dudes... Si le convences morirá... ¿No has visto qué impresión le ha causado la noticia del peligro de Fifi?...

Sof.

Sí; lo he visto... ¡Misterio inexplicable de nuestro corazón!

Sus.

¿Callarás, Sofia?...

Sof.

(Volviéndole la espalda con ^{un} desprecio.) ¡Desdichada! (Telón.)



ACTO TERCERO

El dormitorio de Fifi. Está amueblado con suma coquetería, en tonos blancos y rosa. Todo es en él fresco, claro y virginal. Muebles de laca blanca; en un ángulo, el escritorio con los chismes de plata y de cuero blanco; en otro, el tocador, muy á la moderna; una meridiana llena de almohadones y al pie de ella una rica piel de oso blanco. En el ángulo opuesto, la cama completamente oculta por un biombo blanco, que decoran preciosos grabaditos ingleses. Chimenea de leña, encendida. Mesilla con servicio de té primoroso. Detrás del escritorio una palmera en su tapatiesto de porcelana blanca. Dos puertas laterales. Ventana amplia al fondo. Al empezar el acto es de noche, pero pronto empieza á amanecer. Una luz, mitigada por un globo de cristal rosa, ilumina el cuarto.

ESCENA PRIMERA

GRACIA, AURELIO y JOSÉ

- GRA. Parece que descansa tranquila.
JOSÉ Está todavía bajo la influencia del calmante. No despertara tan fácilmente. Podíais iros á reposar un rato también; yo velaré; tengo condiciones de enfermero y, además, la prima me servirá un café bien cargadito.
GRA. Lo del café me parece perfectamente. Os lo

- serviré á papá y á tí; papá está rendido; ¡tiene una cara!
- JOSÉ** Es el susto. Ha creído que la niña se moría... No hay que alarmarse tan pronto. En la edad de Fifi, la naturaleza es fuerte y pelea á vanguardia; en otras edades, deserta.
- GRA.** (Acercándose á la mesita y prendiendo fuego á la estufa de la «bouilloire».) Haremos el café aquí mismo; ya traje á prevención lo necesario... Esperemos á que hierva el agua... (Volviendo hacia José.) Pero ¿tú sabes, primo, lo que es para papá esta niña y lo que es para la niña su papá? Fifi nos echaría de casa á todos, con tal que papá se quedase... Y él, á mirarla, á tenerla entre algodones, á celebrar sus chistes... ¡Era tan chistoso el ángel mío cuando le dejaban algún respiro sus males! Y á papá se le caía la baba... ¿No es cierto?
- AUR.** (Tristemente.) Cierto es... Lo mejor de mis sentires lo habré puesto en la criatura enferma. Ella, con sus sufrimientos, era la poesía dolorosa del hogar; era la espina, era el clavo santo que hace la herida hermosa... A todas horas, mi pensamiento murmuraba: ¿y la enfermita? ¿cómo estará? Acerquémonos pronto á casa, de fijo me espera... ¿Qué la llevará? ¿Un juguete, dulces, un ramo de flores, una sorpresa en broma? Y discurría niñadas y entre escaramuzas de cariño, refamos los dos... ¡Era un género de dicha divina aquella pena constante!
- JOSÉ** No te apures. Sanará, de fijo. Sánchez del Abrojo ha dado esperanzas.
- GRA.** ¿Qué te ha dicho á tí, José? Contigo hablará más libremente.
- JOSÉ** (Dudoso.) Pues eso... Que no hay que desesperar... Que á menos que sufra un retroceso por causas imprevistas, no ve peligro inminente, del momento... Que evitemos toda emoción fuerte; que la preservemos del menor choque...

- GRA. Eso se ha hecho siempre... Sólo esta Nochebuena, con su fiesta del árbol, ha sido una imprudencia. Primero se incomodó, porque Sofía, que á veces tiene sus manías...
- JOSÉ Lo de todas las solteras...
- GRA. La llevó la contraria y hasta casi la riñó... Luego tú, papá, que estabas preocupado, la rechazaste, ó al menos no la recibiste bien cuando vino á enseñarte su traje nuevo... En fin, tonterías... Pero, con la sensibilidad exagerada de esta criatura... (Corriendo.) ¡Uy! Ya hierve el agua.. (Prepara el café en la cafetera y dispone el azúcar en las tazas)
- JOSÉ El doctor me dijo también que á cualquier hora que hiciese falta le avisásemos. Vive ahí cerca. Hasta añadió que no nos fiásemos del teléfono; que su mujer, por no quitarle el sueño, descuelga á veces los audidores; que fuese yo en persona, caso de que algo ocurriese.
- GRA. No ha podido ser más amable... Papaito, ¿qué tienes? ¡Tan caído! Toma el café, aquí te lo traigo... Y así que lo tomes, haz lo que mamá: retírate y descansa un poco, aunque no duermas, que aquí quedamos, no dos primos, dos hermanos que velan por su hermana menor.
- JOSÉ Así es... Gracia lo ha dicho con toda la exactitud y el encanto con que habla siempre
- GRA. En premio del piropo te traigo tu taza. (Sirve á José.)
- AUR. Al contrario, Gracia... Tú serás la que te retires á tu cuarto, siquiera un ratito, á reposar... José y yo bastamos, y como la enferma está en sopor, cualquiera bastaría... (Movimiento de Gracia.) Te lo mando... (Gracia recoge las tazas, y con un gesto de risueña resignación se retira por la puerta de la derecha.)

ESCENA II

AURELIO, JOSÉ

- JOSÉ Hace usted bien en obligarla á que por lo menos se recline... Y yo, además, deseo hablarle por cuenta de mi padre y por la propia.
- AUR. Dí lo que quieras... Pero no me apremies... ¡Me siento tan cansado!
- JOSÉ Le falta á usted costumbre de velar... y acaso costumbre de tener disgustos serios... Ha vivido usted en un ambiente blando y tibio de afectos, de ternura... sin combatir, sin temer... Mi comisión es agradable; no recele usted que le traiga complicación ni molestias; al contrario
- AUR. ¿De qué se trata?
- JOSÉ Mi padre, que es un portento para estas cosas, ha calado ya hasta el fondo el asunto Casarrobles... (Movimiento de Aurelio) No se alarme usted, ello va mejor de lo que se creía... Indudablemente, el banquero no supo desenredar el embrollo de su pasivo; pero vino una persona tan fría, tan segura y de tanta iniciativa como mi padre, y lo desenredará, y hasta lo beneficiará. No se preocupe usted ya poco ni mucho. Por ahí corre que Casarrobles se ha ido á América ó se ha suicidado, no se sabe en qué rincón. ¡Pchs! allá él. Despojos de naufragio... Lo esencial es que nosotros nada perderemos.
- AUR. Para vosotros, en efecto, es lo esencial.
- JOSÉ Y para usted también, puesto que... que al fin... somos una familia...
- AUR. Sí; adivino lo que quieres darme á estender... Nuestra intimidad parece llamada á estrecharse... Todo se quedará en casa... Sólo te diré que yo, en eso, no he de intervenir...

- La fortuna nuestra pertenece á Susana; en cabeza suya está.
- JOSÉ No importa, tío Aurelio. La mitad casi de esa fortuna á usted corresponde; se ha adquirido después del matrimonio y son bienes gananciales.
- AUR. Envidio á un muchacho que, á tu edad, está tan perfectamente enterado de las cuestiones prácticas.
- JOSÉ Creo distinguir en su admiración de usted unas gotas de ironía.. y no me formalizo; acaso tenga usted razón, y fuera mejor y más agradable soñar á la luz de la luna y desdeñar magníficamente lo real, lo positivo. Yo soy lo que mi generación me ha hecho... un luchador, un trabajador; me han despertado temprano, me han metido en la mano una herramienta y me han dicho «tanto ganas, tanto vales». Feliz usted que pudo limitarse á desarrollar los sentimientos más dulces á la sombra de su hogar.
- AUR. Sí; muy feliz he sido...
- JOSÉ No lo dice usted, sin embargo, como se dice lo que se siente... Me parece notar en usted una pena honda... Será por la pobre niña que... que...
- AUR. Que se muere. Dilo pronto; si yo no lo ignoró. Y no es por ella mi pena.
- JOSÉ (sorprendido.) ¿No es por ella? Entonces.. entonces es porque llega un día fatal en que todo hombre pierde la fe en su destino y cree haberse equivocado, haber marrado su vida... Yo, con el tiempo, alrededor de la edad crítica de los cuarenta, es fácil que lamentemente no haberme sentado á gozar del far niente... Y usted, ahora, reniega de no haber peleado... Eso es un desmayo pasajero. No se apure: cada cual por su camino.. y todos desembocan en la misma plazuela. De un modo ó de otro, somos un poco de ceniza...
- AUR. Así es.. Quizás no merece la pena de alte-

rarse por cosa ninguna... José, te lo suplico: déjame solo aquí, vete también tú a dormir; en mi habitación, ahí al lado (Señala una puerta opuesta á aquella por la cual ha salido Gracia.) tienes un diván... No es que tu compañía me estorbe; es que me estorba cualquier compañía... Quisiera pedir, no sé a quién... no sé qué... Sí; lo sé... La salud de mi alma enferma...

JOSÉ (Con respeto y afecto.) Adiós, tío, y permóneme si le he importunado... (Vase.)

ESCENA III

AURELIO, solo. Permanece unos instantes inmóvil. Luego se arrodilla al pie de la meridiana, y recostando la cabeza, pero sin esconder el rostro y cruzando las manos, mueve los labios como si rezase. La actitud queda encomendada al talento del actor.

ESCENA IV

AURELIO y SOFÍA, envuelta la cabeza en una mantilla, con abrigo de piel, que se quita luego

SOF. (Entrando en puntillas.) Dice Dorotea que todos descansan... ¡Ah! Es él... ¿Qué hace? Pss... Aurelio... Soy yo...

AUR. (Levantándose.) ¡Sofía!

SOF. ¿Qué sucede? ¿Qué hacía usted?

AUR. No sé lo que hacía... Tenía la cabeza algo trastornada... Pero ahora me siento un poco más fuerte.

SOF. ¿Rezaba usted, Aurelio?

AUR. Creo que sí... No sé si le llame rezar... Era una efusión de todo mi ser en busca de algo que me reconciliase conmigo mismo y con el mundo... Era una queja y era una pregunta... ¿Qué he hecho yo de malo? ¿Es culpa mía lo que me sucede?

- SOF. ¡Aurelio, Aurelio! ¡Y no poder nada, no servirle de nada!
- AUR. No crea, Sofía, que me olvido de mi promesa. Le he dicho á usted que nuestro porvenir es uno mismo, y cumpliré lo que he ofrecido: saldré de aquí para reunirme á usted.
- SOF. ¡Para reunirse á mí! ¡Y usted supone que acepto! Lo que vendría á reunirse conmigo sería únicamente un fantasma, y el verdadero Aurelio aquí se quedaría, sujeto por todas las raíces largas y profundas que echa el árbol en la tierra donde encuentra jugos y calor. Usted no puede, ni debe, apartarse de los... suyos. Y eso es lo que he venido á decirle. Ningún compromiso tiene usted conmigo; ninguna promesa existe, porque sin el sentimiento que las inspira, las promesas nada valen. Usted no ama á ninguna mujer más que á Susana; usted es padre...
- AUR. Sofía..
- SOF. (Firmemente.) Usted es padre. Su lugar es esta casa; no tanto por ser padre ni por ser marido, como porque aquí tiene sus amores, sus hábitos de bondad y de felicidad... Si algo hubiese que usted debiese perdonar... ¡perdone! El perdón es amor también...
- AUR. Sofía, usted se sacrifica; usted llora... usted igualmente es un hábito de mi alma; es usted la amiga de cada día... Perderla me costaría mucho...
- SOF. Nada de eso. Yo soy fácil de arrancar. Dentro de algún tiempo, cuando asista usted á la boda de Gracia, dando el brazo á Susana cubierta de terciopelos y encajes, ni se acordará usted de que existió en el mundo una Sofía Dávila... Yo tengo parientes en Sevilla; he decidido trasladar allá mi residencia. Si desapareciese de su casa y continuara viviendo en el mismo pueblo, las malas lenguas se despacharían á su gusto; y

poco me importaría por mí; pero es necesario, ¿lo entiende usted bien, Aurelio? es necesario que nadie, que nadie crea que aquí ha sucedido nada; nada absolutamente... También la costumbre de gozar de la consideración social de evitar las dentelladas de la malignidad, es una raíz de la vida de familia... Y usted está obligado a no entregar á las mujeres que con usted viven á la burla, al desprecio, al deshonor... Susana es su esposa, Gracia es su hija...

AUR. (Cogiendo á Sofia de la muñeca con violencia.) ¿Por qué no nombra usted á Josefina?... ¿Por qué?

SOF. Porque... porque Josefina... ¡va á morir! ¿¿ree usted que es poco motivo de silencio? Al marcharse esa niña, les impone á ustedes el... el abrazo... ¡el abrazo de paz!... que dure hasta que también ustedes... los que sobrevivan...

AUR. Sofia, hermana mía... déjeme usted que bese ese pañuelo que sus lágrimas han empapado... Donde quiera que usted esté; donde quiera que esté yo, sabremos que hay alguien que nos compadece... Y la compasión de alguien es principio de la resignación propia...

SOF. Y de resignación oculta están formadas muchas que parecen felicidades, en muchos hogares que parecen tan unidos, tan íntimos, tan cariñosos... Créalo usted, Aurelio: la vida no es eso que usted disfrutó muchos años. Eso, al cabo, se paga; llega la hora de prueba, la hora en que es preciso trazarse un camino... y en esa hora se sufre todo lo disfrutado en largos años de calma y abandono. Desde ayer á hoy ha expiado usted sobradamente su... su soñolencia agradable... en su paraíso de familia...

AUR. ¡Que sí la he expiado! Desde ayer he sido criminal; mi mano se ha teñido en sangre; he clavado á Susana una bala en el corazón,

- me he incrustado otra en la sién... y además he huído con usted á los países lejanos, dejando escrita una carta horrible... Lo he hecho todo, ¡todo! Lo he hecho en mi voluntad, en mi espíritu, en mi conciencia... Y no lo ha ejecutado mi mano... Diga usted, Sofía, ¿soy un cobarde? ¿Soy un miserable?
- SOF. No; lo más que puede decirse es que es usted... árbol... y el árbol, donde arraiga, allí se queda. Le cortan los brazos; le hieren el tronco; llora por la herida su savia, que es su sangre... pero no se arranca á sí mismo, porque no puede; no anda, porque lo sujeta la tierra con su dulce pesadumbre... Aurelio, adiós... Nos vemos por última vez... ¡quién sabe en cuánto tiempo!
- AUR. Su mano. (La besa respetuosamente.)

ESCENA V

DICHOS y FIFI

- SOF. Qué frío hace... Me parece que la niña se ha quejado.
- AUR. No... Sí, sí; se queja. (Corre á la cama de Fifi, apartando el biombo.) ¿Qué tienes? ¿Qué es eso? ¿Cómo te encuentras? Mejor; ¿has dormido bien?
- FIFI He dormido... Pero ahora... me sofoco; me sofoco mucho, papá... Quiero levantarme... Dame la bata...
- AUR. Es una locura... ¿Por qué no te dejas estar abrigada en tu camita?
- FIFI Me ahogo... ¡Ay! Pronto, pronto; la bata... Ya es de día. (Aurelio la viste la bata de encajes; Sofía se acerca á ayudarle, y Fifi la rechaza.) NO; ¡Tú, no! ¡Papá, papá... solo! (Aurelio la viste la bata y Fifi salta de la cama con los pies descalzos, viniendo á reclinarse en la meridiana, donde Aurelio arregla los almohadones. Después la calza unas chinelas de raso, iguales al adorno de la bata.)

- AUR. Así... Ajá... ¿Cómo te encuentras, pequeña?
- FIFÍ (Hablando lenta y congojosamente.) Muy... mal... Me ahogo... más aun... Abre... esa ventana... Va á entrar mucho frío...
- AUR. Abre... por Dios... ¿No... ves... que... me ahogo? (Aurello abre la ventana. Se oye el canto de los pájaros en la pajarera del hotel.)
- FIFÍ (Souriente, animada por el aire puro.) ¡Ah! Los pajaritos... ¡Qué... ricos... cómo cantan!...
- AUR. Así que te pongas buena, te he de regalar muchos pájaros bonitos, para que la pajarera esté que no quepa uno más.
- FIFÍ No... no me los regalarás... porque yo no me pondré buena... nunca... y porque tú... ya... no me quieres... como me querías... antes.
- AUR. ¿Por qué dices eso? Loquilla.
- FIFÍ Por que... es cierto... (Hablando más libremente.) ¡Ay! ¡Qué bueno es el aire! ¡Qué olores trae á plantas... y á tierra!
- AUR. (Transido.) Pero mirá que hace mucho frío... te helarás. (La arropa con una manta de pieles.)
- FIFÍ No cierres, no cierres... Tú no me quieres ya... ¿Crees que no lo noto? Si yo... te conozco... si te estoy mirando siempre... ¿He hecho algo... malo, papá? ¿Tienes... queja de mí?
- AUR. ¡Quejal No... ¿Tú que habías de hacer, inocente?
- FIFÍ Entonces... ¿por qué no me quieres como antes... ahora que voy á morirme?
- AUR. ¡Válgame Dios! Me estas partiendo el corazón, Josefina... Me haces daño...
- FIFÍ No, no te apures porque me muera; si es una... suerte para todos. ¡He estado siempre tan malita! Hecha una plasta... Yo iré al cielo, y vosotros os acordaréis de Fifi, pero no tendréis que estar siempre cuidándola... No creas; no me importa nada vivir... ó no vivir. Lo que me importa es que tú seas otra vez para mí... papaito.
- AUR. Soy papaito, pequeña mía.

FIFI ;No. ¡ No eres... Llama á mamá... á ver si
entre los dos reuno cariño bastante... para
abrigarme... porque ahora estoy... tiritando...
AUR. ¿Ves, mimosa, porfiada? Cierro...
FIFI (Angustiada) No... No... Llama á mamá...
AUR. Con tocar el timbre... (Lo hace.)
FIFI (Al oído de Aurelio.) Y que se... vaya... Sofia...
AUR. (Bruscamente, con enojo repentino.) ¡Ea, basta de
caprichos de niña mal criada! Sofia es muy
buena; mejor que todos nosotros. Está aquí
porque quiero yo... y no se irá... (Fifi no con-
testa. Dobra la cabeza hacia atrás y se lleva las manos
al corazón.)

ESCENA VI

DICHOS, SUSANA que entra precipitadamente; viste «deshabillé» ele-
gante; en su cara se notan las huellas de la inquietud y el insomnio

Sus. ¿Qué pasa? La niña... (se precipita hacia Fifi.)
¿Desmayada? ¿Ei colapso? ¿Por qué no me
llamásteis cuando despertó? Está como
muerta... ¡Fifi, mi vida, mi tesoro! ¡Abre los
ojos; soy yo, tu madre...! ¡Soy mamá...!

ESCENA VII

DICHOS, JOSE; poco despues, GRACIA

JOSÉ ¿Qué hay? ¿Se ha puesto peor?
AUR. Sí... Vé á avisar al doctor... En seguida...
(José vuelve á salir.)
GRA. Fifi.. ¿Qué es esto... Sofia, qué ha pasado?
(Aurelio y Susana forman grupo alrededor de Fifi,
Sofia se mantiene algo desviada.)
Sus. ¡Ah! Ya abre los ojos... Amor mío, mi nena,
¿me ves? ¿Estás mejor, mi cielo?

- FIFI Sí... estoy mejor... Ahora respiro muy bien... Ayúdame; me gustaría asomarme á la ventana... Pero antes... Sofía, acércate... (Sofía se acerca.) Perdóname si te ofendí... (A Aurelio sonriendo.) ¿Estás contento, papáito? (Aurelio vuelve la cabeza, para esconder su emoción.) ¿Me llevas tú? Mamá, deja... Papá me lleva á la ventana... (Aurelio sostiene á Fifi, y lentamente se acercan á la ventana, por donde ya entra el sol. Gracia les sigue.)
- SOF. (A Susana, en voz alta.) Oye Susana... Te traía un remedio para Fifi... Pero ya creo que no es necesario... Tómalo y échalo á la chimenea... (En voz baja.) Son las pruebas de que te hablé ayer. Quémalas pronto. (Susana, silenciosa, coge el paquetito que Sofía ha sacado del pecho, lo rompe y lo arroja al fuego, donde se consume.)
- FIFI (En la ventana.) Qué... bonito.. es... el sol... El aire... cómo... me gusta... (Se dobla sobre el brazo de Aurelio y echa la cabeza atrás.)
- AUR. (Asustado, pero con voz muy queda.) Gracia... parece que vuelve á desvanecerse... (La trae inanimada al sofá.)
- SUS. ¡Otra vez! Friccionarla, reanimarla... Es el frío... Yo también tengo frío... (Se estremece.) Niña mía...
- AUR. ¡Su corazón! No late... No late... ¡Se ha parado!
- GRA. ¡Y el médico! ¡Socorro! Un médico...
- AUR. Llegará tarde... (Quiere extender á Fifi en la meridiana, pero el cuerpo resbala y viene á caer suavemente al pie, sobre la piel de oso.)
- SUS. (Gritando.) ¡Ah! ¡Jesús! Mi niña... Aurelio... La niña... Nuestra niña... (se echa en sus brazos.)
- AUR. (Sin rechazarla, y bajo, casi al oído.) No digas nuestra niña... Dí nuestra pena... Nuestra pena... Y entonces la sentiré contigo... Llorra, eres madre... y esa es tu expiación...

ESCENA VIII

Por la puerta lateral de la izquierda aparecen un instante JOSÉ y el médico. Sofía, que sale envolviéndose en su mantilla, los detiene

Sof. Ya no hacen falta doctores... Esto se ha concluido... Todo se acabó. (Vase. Telón pausado.)

FIN DE LA COMEDIA